

PÍO BAROJA EN SU RINCÓN, de *Miguel Pérez Ferrero*.—Ediciones Ercilla. Santiago

Miguel Pérez Ferrero, después de presentarnos a don Pío, diríase que personalmente, nos invita en su compañía a seguir sus pasos, y si hemos de ser sinceros declararemos que este viaje a través de una existencia, nos ha resultado agradable y provechoso y a menudo lleno de inesperadas y amables incidencias. El libro comienza con un prólogo del propio biografiado y en esas líneas reconocemos la característica manera de escribir del autor de «Zalacaín el Aventurero» y «Las inquietudes de Shanti Andía», entre los primeros, hasta «Laura o la Soledad sin remedio», novela escrita en París, y sobre los refugiados españoles que allí viven. En esas líneas dice Baroja:

«Yo no sé si he hecho algo que valga la pena, pero en ciertas cosas me siento tranquilo. Creo que he luchado por la existencia con dignidad, sin aprovecharme de los demás, y sin emplear vilezas.

«No he adulado nunca a nadie y menos al pueblo.

«Ahora mismo, ya viejo, en un momento en que todo lo tenía, se lo ha llevado la trampa, he conservado la serenidad.

«Y al ver que el barco donde uno navega se hunde, va comprobando como va subiendo el nivel del agua en la sentina».

Palabras sin amargura, más no exentas de tristeza, que su dignidad y su energía vasca disimulan, aun cuando esa agua de que habla y que va subiendo en la sentina de su viejo barco, no ha de ser otra cosa que la «soledad sin remedio» que lo va estrechando día a día.

Pérez Ferrero nos da en este libro una visión exacta, amplia, pintoresca y amena, de la vida y de la obra de Baroja.

En este libro vemos cómo se generó una a una, la nutrida lista de sus obras. En los datos y detalles de Pérez Ferrero, está también la historia sin adornos de las novelas barojianas.

Hablando de los ascendientes de Baroja, cuyo apellido materno es Nessi, cuenta Pérez Ferrero, que hace cuarenta años, yendo Baroja en compañía de Ramiro de Maeztu, por Viana de Navarra, encontraron a un mozo que les dijo que allí vivía un empingorotado señor que según la gente estaba loco, pero que tenía el mismo apellido del novelista vasco, y aseguraba tener un escudo con muchas flores de lis. Baroja no dió mayor importancia a la cuestión, pero veinticinco años más tarde un hijo de la condesa de Lersundi le avisó que un señor Churruca, había comprado en Barcelona una ejecutoria de su apellido y que deseaba regalársela. Al venir de vuelta con su pergamino, se encontró Baroja con Valle Inclán que le interrogó:

«¿Qué trae usted ahí?

«Baroja le enseñó la ejecutoria.

Valle Inclán empezó a descomponerse inopinadamente y a negar el contenido del documento como si se tratase de una falsificación perjudicial al interés público. No aceptaba—y ponía toda su acritud en ello—ni las flores de lis de Baroja, ni unos lobos que tienen los Alzate. Su rabia y su tono impertinente fueron creciendo tanto que Pío Baroja no pudo ya soportar la actitud y zanjó la cuestión diciendo a Valle Inclán que no quería seguir hablando con él, y que acababa de romper sus relaciones amistosas con él».

Pío Baroja, dentro de su conocida hurañez, tiene en las páginas de Pérez Ferrero una gran simpatía y atracción. Lo presenta desde los días en que vivía en Pamplona y se encaramaba a soñar arriba de un árbol hasta su gloria de escritor, pasando naturalmente por aquellos días de estudiante, de médico en Cestona, y de panadero en Madrid, con sus intervalos veraniegos en su romántica casita de Vera.

Un sinnúmero de anécdotas que muestran en la intimidad, a una serie de personajes que Baroja trató, dan mayor interés a este libro escrito con soltura y gracia. Hubo una época en que Baroja fué muy amigo de Lerroux, el líder político catalán, quien le instó en cierta ocasión a ir a Barcelona para dar algunas conferencias. Oigamos de nuevo a Pérez Ferrero, como cuenta una incidencia que es harto elocuente:

«Al volver de Barcelona Lerroux le dijo a Baroja:

—Usted debería tomar lecciones de canto.

—¿Yo? ¿Para qué?—le preguntó Baroja extrañado.

—Para importar su voz y producir efecto en las muchedumbres.

Baroja replicó a su vez:

—Me voy a permitir también darle un consejo: Yo que usted me iría a un balneario o a un convento y me pasaría un año leyendo los libros fundamentales de la época. Creo que así llegaría usted a ser un político importante.

Lerroux contestó con excepticismo:

—¡Bah! Dentro de un año uno puede haberse muerto.

Un día llega Azorín a comunicarle que han decidido llevarlo a la Academia. Y cuando se marchó Azorín, Baroja buscó a su madre para darle la noticia.

«A la madre se le reflejó una inmensa alegría en el semblante.

«Apenas si pudo articular con voz emocionada:

«—¡Hijo, mío! . . .

«Y le tomó la mano con la suya temblorosa.

«Baroja comprendió que la señora era feliz.

«Poco tiempo después, como todos los años, se trasladaron a Vera, y empezó a pensar en el discurso que haría».

El libro trae un epílogo de Azorín, el viejo amigo de Baroja que no pierde la oportunidad de darle una vez más, otra prueba de su afecto.—LUIS DURAND.